

de la conciencia, pero puede haberle de la ley; y la esperanza de lograrlo es tal, que, sin el temor de la vida futura, sería locura el abstenerse de intentarlo. La sabiduría consiste en compensar el riesgo por el interés. De este modo no solo las virtudes se han desvanecido ya, sino, que el crimen, lo diré con horror, el crimen, vacío de infamia y de remordimientos, no viene á ser mas que una simple combinacion de acasos, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aun, un juego con que la infancia divierte su ociosidad, y se hace para ella un hábito, antes que las pasiones le hayan formado de él una necesidad.

Este es el resultado de la doctrina, cuya historia acabo de trazar. El mundo le ha visto dos veces, y la última con un caracter mas peligroso, extendiendo sus estragos por las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que ella desapareció á la faz del Cristianismo naciente; desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente descubierto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

### CAPITULO III.

CONTINUACION DE LA MATERIA.

---

Hase visto en el capítulo precedente que el sistema cuya procedencia y efectos en él se trataron, es un sistema funesto; vamos á probar ademas, que es un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad; la filosofia lo

confiesa : ¿ Pero qué consecuencia saca de ahí ? Suponiendo , que la sociedad no ha podido establecerse y conservarse sino con el auxilio de las creencias religiosas , los legisladores han sido sus inventores <sup>1</sup>. Pregúntesele , quienes son estos legisladores , á quienes el género humano es deudor de una invencion tan importante : lo ignora. Que diga á lo menos el nombre de un pueblo donde se haya visto començar la Religion , que indique poco mas ó menos la época de esta maravillosa descubierta : sus conocimientos históricos no alcanzan á tan grande distancia. Por muy alto que se remonte , da siempre de ojos con una fe y un culto anteriores , y todos los monumentos de la antigüedad concuerdan en desmentir sus conjeturas. Podría decirse apoyándose en esto : tú avanzas un hecho nuevo , un hecho contrario á todos los documentos históricos , y á la tradicion del mundo entero. No basta tu simple asercion para contrarrestar á esta masa imponente de testimonios. Se necesita de algo

<sup>1</sup> Bayle mismo refuta esta opinion absurda en su *Diccionario histórico y crítico*, artículo *Abds.* (Nota B.)

mas ; se necesitan pruebas : prueba ó calla.

¿ Qué replicaría ella al que le hablase de este modo ? Ella , que se gloria de no ceder á ninguna autoridad , ¿ podría exigir , que todos se sometan á la suya ? Los anales de los pueblos los tenemos tambien entre manos ; los ha leído ella , tambien podemos leerlos nosotros. Que indique la página donde está escrito : *En tal año se inventó Dios.*

Verdaderamente , que la filosofía tiene algunas veces una lógica muy rara. « Esto es así porque yo lo afirmo , y yo lo afirmo porque me parece que esto no puede ser de otro modo. » ¿ No se deja ver en esto una demostracion la mas convincente ? ¿ Qué lástima ! Pero se aumenta el desprecio , al examinar de cerca las visiones incoherentes que nos presenta como certezas.

¿ Cómo no ha visto , que antes de que hubiese legisladores , habia hombres reunidos , y de consiguiente sociedades , y de consiguiente una Religion , segun su confesion misma ?

La sociedad es el estado natural , el estado necesario del hombre : fuera de la sociedad , no puede él ni reproducirse , ni conservarse. Luego

la Religion, sin la que no puede existir la sociedad, es *necesaria* como la sociedad misma; con que no es una invencion humana.

No hay duda, que puede el hombre renunciar de las creencias antiguas, y admitir otras nuevas. Ciertas religiones pueden variar en lo que tengan de arbitrario, sea con ventaja ó menoscabo del orden social; pero el fondo de ellas ha subsistido siempre, sin que la sociedad haya carecido de una condicion indispensable á su existencia: los filósofos, contra quienes hablo, discurren como un fisiologista que, de la necesidad del aire para dar juego á los órganos y vida al cuerpo humano, concluyese que los hombres han inventado el aire.

Los antiguos legisladores se aprovecharon, lo confieso, de las creencias recibidas, para dar á sus leyes una especie de consagracion divina. ¿Pero si la Religion no hubiera sido mas que una parte de estas mismas leyes, si ella no las hubiera precedido, ¿cómo habrian podido ella misma sancionarlas? La necesidad de las leyes es evidente, todos los hombres la reconocen, y con todo, los legisladores, en lugar de apoyarse

sobre esta necesidad patente, hubieran ido á buscar fuera de la razon humana un absurdo, para hacer de él una base del orden social: ¿quién lo creará jamás?

Por otra parte; no se puede imaginar, que sea dado al hombre mudar una sola palabra en las ideas del hombre. No se concibe, es cierto, que un pueblo pueda subsistir sin Religion; pero si la Religion es falsa, ó, de otro modo, si no es mas que una invencion de la política; se concibe aun menos, que haya podido ella establecerse, y perpetuarse en todos los pueblos sin excepcion. No hay ejemplo de un error adoptado tan generalmente, y sobre todo un error que reprima las pasiones. Esto es de tal modo contrario á la naturaleza humana, que yo comprendo mejor que se adopte una lógica errónea generalmente; pues, por lo menos no tendria rivales en las inclinaciones mismas del corazon.

Debe advertirse tambien, que aun cuando las leyes varian casi á lo infinito, como las formas de gobierno; los dogmas fundamentales de la Religion son en todas partes invariablemente los mismos. ¿Se reconoce, en esta maravillosa uni-

formidad el carácter de una invención humana? El error es arbitrario, y por lo mismo las religiones no se parecen en lo que tienen de falso, y aun se contradicen; pero hay ciertos puntos que son comunes á todas, y pregunto la razón de esto, yo pido se me explique esta conformidad admirable entre invenciones desconocidas las unas de las otras. ¿Diráse que el mismo error ha venido al pensamiento de todos los legisladores, de todos los siglos, y de todos los países casualmente, con el intento de servirse de él para establecer el orden social? ¿Extraña casualidad á quien debemos la sociedad! Mas la casualidad no explica nada, y ciertamente no sería una razón convincente en geometría el decir, que el acaso ha hecho que los inventores de esta ciencia entre pueblos diversos, hayan tenido la misma idea de magnitudes y figuras; atribuyéndoles también las mismas propiedades. La cuestión queda siempre en pié, y nunca se resolverá, sino suponiendo una tradición general, mas antigua que los legisladores, es decir, una religión anterior á las instituciones humanas, y á las leyes positivas.

La historia, el discurso, y la experiencia que tenemos de nosotros mismos y de nuestros semejantes, todo nos conduce á deducir esta conclusión. Tan natural es la Religión en el hombre, que, puede ser no haya en él otro sentimiento mas indestructible. Aun cuando su entendimiento la desecha, hay todavía en su corazón algo que se la recuerda; y este instinto religioso que se halla en todos los hombres, es uniforme en todos ellos\*. Bien al abrigo de la variedad de las opi-

\* Nada avanzamos aquí, que la filosofía antigua no haya confesado formalmente, y de donde no haya ella sacado de buena fe la consecuencia. Hay verdades tan poderosas, que pocos talentos tienen el miserable valor de resistirles. « Una prueba indestructible de la existencia de los Dioses: » dice Ciceron, « es que no hay pueblo tan bárbaro, ni hombre tan embrutecido, que no tenga el sentimiento de la divinidad. Muchos, es verdad, engañados por costumbres viciosas, se forman ideas indignas de los Dioses. todos áun embargo creen que existe un poder y una naturaleza divina. No es pues una opinión que los hombres, conferenciando entre sí, hayan convenido adoptar, una opinión, que reposa sobre las instituciones y las leyes. En todas las cosas el unánime consentimiento de los pueblos debe mirarse como la ley misma de la naturaleza. »

*Firmissimum hoc afferri videtur, cur Deos esse credamus, quod nulla gens tam fera, nemo omnium tam sit immanis, cujus mentem non imbuerit Deorum opinio. Multi de Diis prava sentiunt: id enim vitioso more effici solet: omnes ta-*

niones, nada le muda de naturaleza ni le altera. El pobre salvaje, que adora el *Gran Genio* en las soledades del Nuevo Mundo, no tiene, sin duda, una idea tan pura y extensa de la divinidad como Bossuet; pero él tiene el mismo sentimiento. ¿Está pues, en el poder de las leyes el crear sentimientos, y sentimientos universales, invencibles? ¿Qué se pensaría del que viniere á decirnos: El género humano vivia disperso, nadie cuidaba mas que de sí propio, y nadie amaba á otro que á sí mismo. No habia entre el padre y los hijos algun lazo moral, algun afecto reciproco, alguna sociedad durable; el legislador inventó el amor paterno, la gratitud filial y nació la familia?

Aun empeñándose en admitir estos desatinos, se presentan otros muchos de tropel. Quitese la Religion, y se destruye toda la moral obligatoria; y en efecto, los filósofos antiguos y modernos que han atacado las verdades fundamentales

*men esse vim et naturam divinam arbitrantur. Nec verbò id collocutio hominum, aut consensus efficit, non institutis opinio est confirmata, non legibus. Omni autem in re consensus omnium gentium, lex naturæ putanda est. TUSCUL., lib. I.*

de la Religion, han desquiciado al mismo tiempo, los principios fundamentales de la moral. Los inventores de la Religion, lo son tambien de la moral; antes de ellos no existia ni lo justo ni lo injusto; ni crimen ni virtud; nada era bueno ni malo en sí mismo; sustentar á su padre anciano, ú degollarle eran acciones indiferentes\*. El hombre todo se subleva con esta sola idea, y la conciencia se horroriza. ¿Pero qué digo yo la conciencia? Si la moral no tiene fundamento al-

\* « Segun Hobbes todo hombre por la ley natural tiene derecho sobre todas las cosas y todas las personas; de suerte, que la condicion natural del hombre es el estado de guerra, de todos contra cada uno en particular, y de cada uno de por sí contra todos: la razon aconseja á cada uno de los hombres, que ensaye á sujetar á sus semejantes, y los mas que pueda, por medio de la fuerza ó de la astucia, aun por tanto tiempo como le sea posible, sin exponerse al poder superior de otro contra el suyo. las leyes civiles son la regla única del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y precedentemente á estas leyes, todas las acciones eran indiferentes por su naturaleza. » *Vid. de Cive. cap. VI, secc. 18, cap. X, secc. 1, cap. XII. Leviathan, pag. 24, 25, 60, 61, 62, 63, 71.* — No conviene creer, que Hobbes quisiese establecer directamente estas máximas prodigiosas; pero ha visto, que en buena lógica se deducian de sus mismos principios, y ha querido mejor admitirlas que abandonar sus principios. El primer error conduce muchas veces muy lejos á los entendimientos que discurren.

guno en la naturaleza de los seres, si, como han dicho, y han debido decirlo, los que no ven mas en la Religion que una institucion politica, ella no estriba sino sobre leyes ó voluntades arbitrarias; la conciencia misma no es mas que una preocupacion, una creacion del legislador. Segun esto no hubiera conciencia, moral, Religion, si este legislador desconocido no hubiera caido en inventarlo. ¡Con todo hay hombres, que llevan su orgullo hasta persuadirse estas locuras incomprensibles! A lo menos deberian reconocer, que les cae muy mal el tener á los demas por tan crédulos.

No es esto todo. El sistema que yo examino supone la falsedad de la Religion, y al mismo tiempo la necesidad de ella, para mantener el órden social. Es evidente que la Religion no es útil, sino como creida. Con que no puede menos de ser necesaria una de dos cosas, ó que la sociedad crea en la Religion, ó que ella sea solo necesaria para una parte de la sociedad. Como pues habria contradiccion en que, quienes consideran la Religion falsa, la creyesen; se han visto forzados á establecer por principio,

que la Religion no es necesaria sino al pueblo; principio destructor de toda Religion, como lo confiesa el mismo Condorcet\*, y que incluye mas inconsecuencias, que las que se pudieran presentar en un volúmen.

Segun el language filosófico, todo el que cree, es de la parte del pueblo, ó pertenece á la clase del pueblo, aunque el creyente sea el gefe del Estado. Cuando se sostiene que la Religion no es necesaria mas que para el pueblo, es como si se dijera que ella es necesaria á todos los hombres, excepto á los que no creen; de donde se sigue, que si nadie creyera, no sería necesaria á ninguno. En verdad, que no es fácil de comprender como en este caso no dejaría de ser indispensable á la sociedad: es un misterio, cuyo secreto no ha querido revelarnos hasta el presente la filosofia, y que parece destinado, para ejercitar, aun por mucho tiempo, la fe de sus adeptos.

En segundo lugar no es necesaria la Religion

\* Toda religion, que se trata de sostener como una creencia que conviene dejar al pueblo, no puede esperar ya sino su ruina, mas ó menos distante. *Bosquejo de una pintura histórica sobre el entendimiento humano.*

al pueblo mismo, sino en cuanto ella es la base de los deberes, y la regla de las costumbres. ¿Luego se creería el filósofo independiente bajo estos dos respectos, ó habría él hallado otro fundamento de la moral? No ignoro que se ha buscado este fundamento con un ardor igual al interés que se ha pensado tener en descubrirle; pero también sé lo que pensaba Rousseau sobre estas inútiles diligencias, que jamás han tenido otro objeto, que el de satisfacer el interés particular. Filósofo, y muy filósofo, él conoce muy bien sus concólegas: podemos pues, con toda confianza apoyarnos en su autoridad, en un punto, sobre que seguramente no es sospechoso de prevención. El que dando crédito á los sofistas se imagine, que es muy hermoso el no creer nada, y cuya alma justa todavía da un cierto mérito á la virtud, retenga bien estas palabras del autor del Emilio: «Yo no entiendo como pueda «alguno ser virtuoso sin religion. Yo he tenido «mucho tiempo esta opinion errónea de la que «estoy bien desengañado».

<sup>1</sup> *Cartas sobre los espectáculos.*

Sin descender hasta los argumentos personales, es permitido observar, que, en efecto, los anales filosóficos estarian muy distantes de sostener la mas minima comparacion con los religiosos. Con que si es alguna vez honroso el separarse del pueblo, no es á lo menos cuando ademas de la Religion, se la deja aun la virtud misma.

Pero quiero conceder por un momento, que el interés bien entendido, ú otro motivo del mismo género, supla con respecto á ciertos individuos, por los preceptos obligatorios de una moral divina y de la conciencia; quiero por fin, que la Religion no sea necesaria sino para el pueblo, aun por este título debia ella ser la mas sagrada de las leyes, por ser la mas importante de las instituciones. Atacarla, minarla en el espíritu de los hombres, es minar el Estado por su base, es hacerse criminal de un delito enorme de lesa sociedad, en el primer grado. Siendo esto así, ¿cuántos filósofos hay entre los mismos que admiten la necesidad politica de la Religion, que no trabajan cuanto pueden, cada uno segun su posicion y medios, unos por escritos, otros por discursos, y todos por el

ejemplo, sino para desacreditar la Religión y propagar la incredulidad hasta en las últimas clases del Estado? El que ellos miran *con lástima*, como el sabio de que habla Gibbon *los errores del vulgo*, es una consecuencia natural de los suyos propios; pero, para que fuesen consecuentes, deberían, como el mismo sabio *practicar con exactitud las ceremonias religiosas de sus antecesores, y frecuentar devotamente los templos de Dios*. Su sistema les obliga á ello; ¿y es esto lo que nosotros vemos y observamos? ¿No se avergonzarían ellos mismos de tener en la apariencia las mismas opiniones que el pueblo, y aun de disimular su menosprecio á los objetos de su respeto y de su fe? Su orgullo sufriría demasiado si ellos se persuadiesen que se los podría confundir con la multitud de los creyentes. Se separan de ella con desden, la prodigan sarcasmos, irrisión insultante; y, celosos por aparecer superiores en talento é imaginación, sacrifican con el mayor gusto á las miserables ilusiones de un amor propio el mas ciego, el interes santo del Estado y aun sus principios mismos; de modo, que si no fueran los mas insensatos de los

hombres, todavía se los podría juzgar, con respecto á su doctrina, como los mas inconsecuentes y los mas criminales.

Aunque renunciasen ellos, á favor del bien público, su miserable vanidad filosófica; si consintieran mezclarse en nuestros templos con el vulgo; no consistiría en ellos el disimular bastante sus opiniones reales, para permanecer ocultos á la multitud. No le es posible al hombre el contenerse hasta este punto. Por más, que el incrédulo componga su exterior, y aunque vele atento á sus palabras y movimientos, nunca se parecerá perfectamente á un cristiano; y cuanta mas delicadeza y rectitud de alma tuviere, mucho menos se le parecerá; hay en la hipocresía algo de vil, repugnante absolutamente á todo buen corazón. ¿Cómo, pues, el vago motivo de la utilidad general, que no le afecta sino indirectamente, obtendría de un filósofo, aquello que la fe con sus terrores y esperanzas inmortales, no logra siempre del creyente mismo? Júntese á estas consideraciones el fastidio, la incomodidad que no pueden menos de causar las prácticas que se tienen como ridículas, e or-



gullo secretamente irritado, y sin duda ninguna *el desprecio interior* de que habla Gibbon, se penetrará muy luego y se dejará ver por encima del *respeto exterior*. En este caso renacen los inconvenientes de que hablamos poco ha. El pueblo advertirá *que se le mira con lástima*, y no tardará en avergonzarse de profesar una religion que le humilla. Persuadido de que ella es una participacion de la ignorancia é incapacidad; ¿puede alguno pensar que esta persuasion le lisonjee mucho?

¡Filósofos! Hablad menos de la dignidad del hombre, y respetadla mas. ¿Qué es esto? ¡Sirviéndoos del nombre de la razon, elogiando con entusiasmo sus derechos imprescriptibles condenais con serenidad las tres cuartas partes del género humano á ser el blanco de la impostura! Haced el favor de mostraros mas generosos para con vuestros hermanos; permitid, que lleguen á ellos algunos rayos de la luz que os gloriais poseer. Bien que, tampoco depende de vosotros el impedirlo, porque, tened cuidado; si se necesitan virtudes y de consiguiente fuerza para ser religioso; no se necesitan mas que pasiones y de consi-

guiente debilidad, para ser incrédulo. El corazon se deja inclinar hácia este lado por todo el peso de su corrupcion. ¿Y pensais, que, echándole la Religion al pueblo y diciéndole, que es para él un freno indispensable, se dará priesa á recibirle y á poner las bridas en vuestras manos? Se deja conocer cuán cómodo sería esto. Él se privaría por vuestro respeto, y vosotros gozariais á su nombre. Pero en este cálculo ingenioso habeis olvidado dos cosas que son el orgullo y la codicia. Una vez admitido que la Religion no es mas que una engañifa con que se divierte el pueblo, ¿quién gustará de ser pueblo, y de imponerse deberes penosos, para ganar la reputacion excelente de necio? Cada uno de por sí, tomando ejemplo de la clase superior á él, tratará de elevarse, y vendrá tambien á no creer, y no se abstendrá de repetir en tono desdeñoso, que la Religion es necesaria al pueblo. Los grandes la remitirán con desprecio á los magistrados, los magistrados á los propietarios, estos á los artesanos, estos á los trabajadores, y estos á los portadores, de quien, sin duda, tambien será desechada. Semejante á los mensajeros divinos,

que mencionan los Libros santos, esta hija del cielo, extranjera en medio de la sociedad, y buscando en vano un sitio de reposo, se verá reducida á sentarse en las piedras de las plazas públicas, rodeada de una multitud fisgona, que se avergonzaria de ofrecerle hospedage.

Apelo á la experiencia: ¿Quién ha introducido la irreligion en las chozas? ¿El discurso? No, si el ejemplo contagioso; sí, la vergüenza de parecer crédulo. Esta, junta con el atractivo de la licencia, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Confiada en extremo es la filosofía, si espera dividir al género humano en dos clases; una, que crea en favor de la seguridad de la otra, sin ganar por ello mas que el desprecio; una, que no conozca otro deber que obedecer á sus inclinaciones, y la otra que deba renunciar á sus inclinaciones, por obedecer ó cumplir deberes fantásticos; una, que se reíría de lo que la otra reverenciaba gustosa; de modo que en una clase, se hallaría con la independenciam todo cuanto busca el hombre aquí bajo, y en la otra con la servidumbre, todo cuanto él mismo teme y aborrece; pero sin otra recompensa,

que el desprecio. ¿No es esta una feliz y profunda combinacion? ¡Qué delirio! y por lo tanto he aquí lo que, con preferencia á la verdad, se cree y admira. Mas la naturaleza, cuyas leyes nunca varían hasta el grado que las pasiones, refuta muy luego de un modo terrible estas teorías que el orgullo humano prueba oponer al órden eterno. Aquí los hechos hablan, y bastante alto, para que los oigan los mismos que cerrarian los oidos á la razon. Si alguno tuviese el desgraciado valor de ponderarnos las religiones políticas en medio de las ruinas de la fe, de las costumbres, de la sociedad, todas estas ruinas reunidas levantarían la voz para confundirle. Así, pues, la Religion es indispensable en el sistema, y admitiendo el sistema, la Religion no podría subsistir; lector, saca la consecuencia.

Pero concedamos á los indiferentes políticos lo que pretendea, admitamos que la Religion es un error, la moral otro error, y veamos lo que se seguirá. Estos errores, como ellos lo confiesan, son necesarios á la sociedad. El hombre no se conserva sino en el estado de sociedad; no en otra parte sino en el estado de

sociedad es, en donde se desenvuelven sus facultades intelectuales que le elevan sobre el bruto, por el ejercicio de su razon, por la cultura de las ciencias, y por la práctica de las virtudes. Por otro lado el error no existe necesariamente; ha podido ser ó no ser inventado, es el producto contingente de lo que se llama el acaso; de lo que resulta :

1° Que la sociedad es un puro efecto del acaso, y que, segun todas las apariencias verosímiles, el género humano debía perécer al tiempo mismo de nacer, pues que no ha podido perpetuarse sin el auxilio de una invencion casual, infinitamente menos probable, que la de los aerostáticos; porque al fin esta no es mas, que la aplicacion de unas leyes ciertas é inmutables, en tanto que la primera no está ligada con alguna cosa real, y no tiene otro fundamento que el de la imaginacion.

2° Que segun las leyes de la naturaleza, no siendo ellas sino la expresion de las verdades eternas ó de las relaciones necesarias de los seres, la sociedad no debía establecerse, ni el género humano perpetuarse, y que, por consecuencia, la

verdad es destructiva de la sociedad, y destructiva del hombre.

3° Que el descubrimiento progresivo de sus facultades intelectuales ó el ejercicio de su razon, no efectuándose sino en el estado de sociedad, es opuesto á la naturaleza ó, como se expresa Rousseau, que el hombre que piensa es un animal depravado <sup>1</sup>.

4° Que todo lo que hay de mas grande, y mas noble en el hombre, sus luces, su talento, sus virtudes son el producto del error; consecuencia tan absurda, que Diderot mismo estableció por principio la proposicion contraria: « El error de « derecho, » dice él, (ó el error de doctrina) « influye en toda criatura racional, ó conse- « cuente, y no puede dejar de volverla vi- « ciosa <sup>2</sup>. »

5° Que la perfeccion del hombre y su existencia misma se fundan sobre la violacion de las leyes naturales; el conocimiento de la verdad en la persuasion del error; en fin, que sé yo; por-

<sup>1</sup> Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres.

<sup>2</sup> Ensayo sobre el mérito y la virtud, part. II, secc. 3.